

La personalidad del narrador en La vida y hechos de Estebanillo González

Gerardo FERNÁNDEZ SAN EMETERIO

*En la corte muchas cosas hace un cortesano
que no las haría en su tierra de voluntad.*

(Guevara, *Menosprecio*, XI)

RESUMEN

El presente artículo repasa las características principales del personaje protagonista de *Estebanillo González* para demostrar su vinculación con el género picaresco más allá del oficio de bufón que el personaje desempeña con mayor frecuencia que ningún otro.

Palabras clave: Picaresca, *Estebanillo González*, bufones.

ABSTRACT

The present article gives a look through the main characteristics of the protagonist of *Estebanillo González* in order to demonstrate his connection with the genre of Picaresc narrative in spite of his working mainly as a joker.

1. INTRODUCCIÓN

En el presente artículo pretendo analizar la personalidad del narrador de *La Vida y Hechos de Estebanillo González* tal y como se presenta en la obra, esto es, como el autor de su propia biografía. Para ello, prescindiré de la más que probable autoría de Gabriel de la Vega, propugnada recientemente y con abundantísima documentación por Antonio Carreira y Jesús Antonio Cid¹, que habría actuado como «escribidor» al servicio del Estebanillo González histórico. Considerando, por lo tanto, al narrador y a la historia como verosímiles, no tendré en cuenta los indudables desajustes que, desde el punto de vis-

¹ A lo largo del artículo, citaré la obra por su edición: (Madrid: Cátedra, 1990).

ta histórico y documental, observan los mencionados editores entre la cronología histórica y la literaria.

En primer lugar, consideraré que es la profesión bufonesca del narrador-personaje la que le obliga a ser un narrador mentiroso pues su finalidad es simplemente hacer reír a su amo en el presente y cuando se haya ido (es intención con la que abre el bufón el libro la de jubilarse de su cargo para volver a Nápoles y abrir allí una casa de conversación)². A vueltas con esta intención, entiendo que Estebanillo crea como narrador un personaje irónico y desvergonzado que dice aquello que nadie sino él puede decir y que se atreve incluso con lo más sagrado. Como acertadamente señalan N. Spadaccini y Anthony N. Zahareas:

como el pícaro es también el narrador, se distorsiona y se ridiculiza a sí mismo. Ahora bien, Estebanillo también sale en caricatura -un necio, un tonto, un insensible, un sujeto ridículo y absurdo. [...] Pero con una gran diferencia, [...] Estebanillo plantea por toda la novela la percepción fascinante de saberse uno mentecato, es decir, se trata de la frontera ambigua entre sagacidad y necedad, porque desde el principio declara que el 'arte que profesa', que es hacer de bufón, 'no es oficio para bobos'.³

No pretendo, sin embargo, aislar al personaje-narrador del entorno histórico de la Europa de la Guerra de los Treinta Años en que se mueve. Muy al contrario, es mi intención analizar la relación de ese narrador con su entorno histórico-literario en la medida en que le da sentido como personaje. Por lo tanto, el prescindir del Estebanillo histórico a la hora de analizar al Estebanillo literario no significa que prescinda también de las coordenadas históricas en las que ambos se mueven pues, en tanto que considero al primero innecesario, e incluso perjudicial, para enjuiciar al personaje, las segundas me parecen imprescindibles para analizar la obra literaria.

Por otra parte, la serie de contradicciones en el narrador que señalan en su edición Carreira y Cid no me parece tan evidentes como a ellos ni, aún en el caso en que dichas contradicciones se admitan, creo que impidan, como proponen los mencionados editores, aceptar la ilusión narrativa al hacer incompatibles

el bufón apátrida y beodo, en el que se extreman hipercaracterizados los tópicos de la picaresca, y el criado distinguido y lo suficientemente digno de confianza como para que personas de la más alta significación histórica le encomendasen misiones de importancia.⁴

² Tal y como afirman Carreira y Cid, «la autobiografía es lo que pretende ser: memorial de servicios y número de fuerza, traca final del bufón ante su amo». Ello dará lugar a un estilo «doble, a ratos conversacional y a ratos muy elaborado» del que hacen un amplio estudio en la introducción a su edición.

³ Cito por la introducción a su edición de la obra (Madrid: Castalia, 1978), p. 54.

⁴ Ed cit., «Introducción», p. LXXXVIII.

Ante estas declaraciones se me ocurren tres dudas que plantearé a continuación: la primera si no es precisamente por bufón, con todo lo que ello conlleva, por lo que llega Estebanillo a introducirse cerca de las principales testas coronadas de su tiempo, la segunda si el hecho de ser correo es verdaderamente una «misión de importancia», toda vez que el único encargo del que conocemos el contenido se limita al envío de una muñeca para que la reina de Polonia se copie un traje a la última moda de París.⁵

En tercer lugar, creo necesario referirme al calificativo de «apátrida» del párrafo citado, y al que yo mismo tendré que acudir en páginas próximas, calificativo tanto más extraño cuanto que los editores y prologuistas insisten, con gran acierto, en la necesidad de no extrapolar conceptos actuales a la Europa del XVII, precisamente por lo difícil que resulta para el ciudadano de nuestro siglo entender aquella organización política que fue la Monarquía Hispánica.

Por ello, prescindiendo de la ya prácticamente indudable autoría de Gabriel de la Vega y partiendo del hecho, creo que probado suficientemente, de que no conviene buscar realismo *stricto sensu* en la narrativa del XVII, pretendo, como ya apunté arriba, estudiar al narrador-personaje de *La Vida y Hechos de Estebanillo González* como simple personaje literario concebido en una época determinada que influye en él como en cualquier otro.

Por los mismos motivos, he prescindido también del posible narrador implícito en el texto y reflejo de la personalidad de Gabriel de la Vega. Las razones para hacerlo así son lo poco que sabemos de la personalidad histórica de este desafortunado escritor y, sobre todo, no haber encontrado resquicio en el texto que no pudiera explicarme recurriendo al propio Estebanillo tal y como quedó, tal vez como quiso quedar, en la historia de sus aventuras.

2. LA AUTOBIOGRAFÍA. LA ADSCRIPCIÓN DE LA OBRA AL GÉNERO PICAresco

Al plantearse la redacción del libro, la primera posibilidad que al bufón se le presenta, por no decir la única, es la de encaminar sus andanzas por el cauce, ya casi periclitado a estas alturas de 1646, de los libros de pícaros. Tal selección no es, a mi entender, fruto de un simple deseo de seguir la moda, sino que está íntimamente relacionada con el decoro poético del personaje narrador: un bufón del que nadie, si no es él mismo, va a contar la historia y que no tiene interés en realizar algo literariamente novedoso, sino algo eficaz para obtener dinero de su amo y para permanecer en el recuerdo de éste después de jubilarse.

⁵ Cabe, todavía, preguntarse por el resto de los correos que se utilizaban, si se les escogía por su preparación y bravura o por su fidelidad a las personas que les enviaban y, aún más allá, si en tiempo de guerra las necesidades no podrían llevar a echar mano de cualquiera a la hora de enviar un mensaje y si, finalmente, de escoger a alguien, no sería mejor un bobo inconsciente que alguien que supiera, o simplemente pareciera saber, el contenido del mensaje.

Nada más lejos, por todo ello, de la realidad que la opinión de Juan Bautista Avalor-Arce, que ha considerado que en E. González, «se asocian en precario maridaje los géneros picaresco y bufonesco»⁶. Ni lo bufonesco es, desde mi punto de vista, género sino contenido —y de su variedad hablan por sí solas las obras, tan diferentes entre sí, de Antón de Montoro y don Francés de Zúñiga— ni la unión de dicho contenido bufonesco con el género de la picaresca me parece en modo alguno precaria. Tanto la presencia de bufones en los libros de pícaros (de la que me ocuparé en parte a lo largo de este trabajo) como, sobre todo, la imposibilidad de que el bufón escoja otro molde para contar de forma verosímil su vida (la crónica de Zúñiga, por ejemplo, nunca pretendió la verosimilitud⁷).

Por lo tanto, a pesar de su apariencia novedosa, *Estebanillo* discurre por los cauces de un género de éxito al que aporta una mayor importancia de los elementos bufonescos, ya presentes en pícaros como Guzmán de Alfarache. Así, en el prólogo «A el lector», podemos leer:

Y te advierto que no es la fingida [historia] de Guzmán de Alfarache, ni la fabulosa de Lazarillo de Tormes, ni la supuesta del Caballero de la Tenaza, sino una relación verdadera con parte presente y testigos de vista y contestes.⁸

Por lo tanto, el personaje apela, aunque sea por contrario, al género picaresco, y no al de las crónicas, como hiciera Zúñiga, o a la poesía, como Antón de Montoro a finales del siglo xv⁹. Más aún, *Estebanillo* supone la recuperación de una primera persona narrativa que los últimos autores de libros de pícaros habían dado de mano a medida que el género crecía en prestigio y en ventas.

Entre las características del género picaresco empleadas en la obra que nos ocupa, en primer lugar, aparecen linaje y lugar de nacimiento del protagonista, aunque, frente al linaje infamante de los pícaros anteriores, Esteban resulte ser un hidalgo, lo opuesto, socialmente hablando, a cualquiera de aquellos pícaros que, hijos de simples pecheros en el mejor de los casos, lucharán denodadamente por abrirse camino en una sociedad que les cierra el paso.

⁶ Juan Bautista Avalor-Arce: «El nacimiento de Estebanillo González» en *Nueva Revista de Filología Española*, XXXIV (1986), pp. 529 a 537. Cita correspondiente a la p. 529.

⁷ Así lo señala José Antonio Sánchez Paso en su edición de *la Crónica Burlesca del Emperador Carlos V* (Salamanca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, Acta Salmanticensis, 1989).

⁸ Ed. cit., vol. I, pp. 13 y 14.

⁹ Por expresarlo con palabras de Francisco Rico, diremos que

La tercera persona novelesca [...] frecuentemente supone un universo estable y unívoco, de consistencia y significación dadas de una vez y para todas. La primera persona, en cambio, se presta a problematizar la realidad, a devolverle la incertidumbre con que el hombre la enfrenta, humanizándola.

Vid. Francisco Rico: *La Novela Picaresca y el punto de vista* (Barcelona: Seix-Barral, 1983), pp. 41 y 42.

Contrariamente a ellos, Estebanillo renuncia al orgullo (casi deberíamos decir «supuesto orgullo» dadas las fechas y la situación histórica) que supone la hidalguía y se burla de ella hasta el extremo de presentarla de forma que el lector dude de su veracidad, aunque deba aceptarla por propia coherencia interna del personaje. Así, nos dice Estebanillo que

Mi padre [...]. Tenía una ejecutoria tan antigua que ni él la acertaba a leer, ni nadie se atrevía a tocarla, por no engrasarse en la espesura de sus desfloradas cintas y arrugados pergaminos, ni los ratones a roerla, por no morir rabiando de achaque de esterilidad.¹⁰

Del mismo modo, presenta una genealogía burlescamente encumbrada y en la que los antepasados del más alto grado social conviven con nombres procedentes del Romancero, utilizados con evidente intención burlesca:

...nuestra madre [...] decía que yo era mayorazgo de su casa y cabeza de su linaje y descendiente del conde Fernán Gonzales, cuyo apellido me había dado por línea recta de varón; y por parte de hembra, del ilustre y antiguo solar de los Muñatones, cuyos varones insignes fueron conquistadores de Cuacos y Jarandilla, y los que en batalla campal prendieron la Serrana de la Vera y descubrieron el archipiélago de las Batuecas; y que una tía mía había dado leche al infante don Pelayo antes que se retirara al valle de Covalonga; y otra había amortajado al mancebuto Pedrarias, siendo dueña de honor de la infanta doña Urraca.¹¹

No podemos dejar de pensar, al leer estas palabras, en las que utiliza Lázaro de Tormes para aludir a sus progenitores, especialmente al fragmento en que se hace referencia a la prisión y muerte de su padre:

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, y confesó y no negó, y padesció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra los moros, entre los cuales fue mi padre [...] con cargo de acemilero de un caballero que allá fue; y con su señor, como leal criado, fenesció su vida.¹²

Evidentemente, las burlas son diferentes, mucho más descarada la de Estebanillo que la delregonero toledano, acordés ambas con el deseo de los narradores: disculpar su vida Lázaro y hacer alarde de la suya Esteban¹³.

¹⁰ Ed. cit., vol I, cap I, pp. 38 y 39.

¹¹ Ed. cit., vol. I, cap. I, pp. 42 y 43.

¹² Vid. *Lazarillo de Tormes*, ed. de Francisco Rico (Madrid: Cátedra, 1994, 9ª ed.), pp. 14 y 15.

¹³ Tal alarde sí que forma parte de las características de la literatura del bufón o, por mejor decir, siguiendo la expresión de Francisco Márquez Villanueva, «del loco» (en su artículo «Literatura

Otra característica que entronca con la picaresca es la referencia al lugar de nacimiento. Si Lázaro de Tormes había nacido —como Amadís— en un río, Esteban —como Homero— va a dejar en disputa su nacimiento entre Roma, donde se ha criado, y Salvatierra de Galicia, de donde procede su familia. De esta manera, juega el narrador otra vez con el lector y con su propio linaje, dado que los gallegos son considerados seres primitivos, brutales y malos cristianos en toda la literatura del XVII. El juego de contrarios, por tanto, entre Salvatierra de Galicia y Roma, capital de la Cristiandad y lugar de referencia constante en toda la cultura europea, lo aprovecha el narrador para llevar un punto más allá su ironía:

...por lo cual me he juzgado por centauro a lo pícaro, medio hombre y medio rocín: la parte de hombre por lo que tengo de Roma y la de rocín por lo que me tocó de Galicia.¹⁴

El hidalgo tiene, por tanto, su origen en la zona más despreciada de la España del momento. Ello le permite en primer lugar la exhibición de un defecto (de ahí que se califique burlescamente como «infanzón gallego») y, en segundo, ostentar un carácter apátrida, valga el término, que, lo mismo que la exhibición mencionada, convienen a su profesión de bufón:

haré [...] como embarrador, siendo español en lo fanfarrón y romano en calabaza, y gallego con los gallegos y italiano con los italianos, tomando de cada nación algo y de entrambas nonada. Pues te certifico que con el alemán soy alemán; con el flamenco, flamenco y con el armenio, armenio; y con quien voy, voy; y con quien vengo, vengo.¹⁵

Creo que esta indeterminación del lugar de nacimiento y este deseo de parecer apátrida tienen una función narrativa dentro del molde picaresco, toda vez que permiten volver a la subversión de valores que había sido en un principio, parte fundamental del género picaresco y que había ido desapareciendo a

bufonesca o del loco» Méjico, *Nueva Revista de Filología Española*, XXXIV (1986), pp. 501 a 528). En efecto, el exhibicionismo de las faltas era frecuente en estos personajes. Más adelante tendremos ocasión de centrarnos en los alardes de alcoholismo e inutilidad que Estebanillo hace, baste de momento señalar cómo el exhibir la condición de hidalgo se situaría en el mismo lugar que el resto de los bufones ocupa la exhibición del linaje judío. Si, como señala Márquez Villanueva en su trabajo citado «la continua exhibición burlesca de su cobardía de 'judío' es un desafío despectivo de la axiología castellana en su valor central» (p. 514), cabe pensar si no lo es tanto o más el desprecio que Estebanillo hace de su condición de hidalgo en la Europa de la Guerra de los Treinta Años, arruinada por completo la clase hidalga española. A nuevos tiempos, nuevos usos: si en el momento de auge de la nobleza era burlesco fingirse uno de ellos, en el momento de su mayor decadencia, burlarse de ellos es la mejor burla: ¿quién querrá ser hidalgo si hasta el bufón se niega a ello?

¹⁴ Ed. cit., vol. I; cap. I, pp. 32 y 33.

¹⁵ Ed. cit., vol. I; cap. I, pp. 37 y 38.

medida que su éxito editorial crecía. Me refiero con ello al hecho de que el protagonista sea un personaje marginal, con el agravante de que en este caso es voluntariamente marginal. Frente a los otros pícaros, que se mueven en ambientes mucho más reducidos en todos los aspectos, Estebanillo amplía, con su radio de acción geográfico y social, el radio de lo que desdeña de la sociedad en la que vive.

La idea parece ser que el personaje aparezca como pícaro desde los primeros capítulos de la obra, aún antes de haber empezado a hacer picardías. No obstante, en el desarrollo de la trama, merced a la personalidad del narrador, la historia se distanciará del género, aunque apelando a él en multitud de detalles y sin llegar a abandonarlo nunca por completo. Por ello mismo, creo que *Estebanillo* supone, una renovación dentro de dicho género. La autobiografía del bufón se sitúa, desde sus primeras líneas, en el marco de los libros de pícaros, al que apelará varias veces, especialmente en la figura de Lázaro de Tormes, en el discurrir de sus aventuras. Por más que desde el punto de vista del contenido puedan encontrarse similitudes con la obra de otros bufones, pienso en Francesillo de Zúñiga o en Antón de Montoro, creo que a la hora de la ordenación por géneros debe primar el aspecto estructural, dentro del cual Estebanillo González se encuentra, con todas las de la ley, dentro de la literatura picaresca.

Una de las novedades principales respecto del género es que el narrador no pretende moralizar. La ausencia de juicios morales, al menos de juicios explícitos y directos como los que se acostumbraban en la época, ha sido piedra de toque en la crítica a *La Vida y Hechos* que, con frecuencia y curiosamente, se ha realizado desde un punto de vista moralizador. De este modo, Millé señala en su edición que el bufón es «insensible a los padecimientos ajenos, como también lo es a los propios» y que

...no se le ocurre, siquiera —hasta cuando se le burla y maltrata y escarnece en su propia persona— la idea de que todos estos actos puedan someterse a una ley moral, de que sean susceptibles de una sanción.¹⁶

Desde luego, no vamos a encontrarnos en Estebanillo una moral al uso actual. Lo que debemos preguntarnos es a qué se debe dicha falta de moralidad precisamente en un género que cuenta con una vertiente aleccionadora desde la publicación del *Guzmán* en 1599. Creo que la respuesta está en el oficio de bufón que este pícaro toma, como Lázaro el de pregonero, para salvar el pellejo cuando la vida aprieta en exceso. Asunto diferente sería la duración que en esta obra tiene el episodio del oficio final.

¹⁶ Introducción a su edición (Madrid: Espasa-Calpe, «Clásicos castellanos», 1968), p. 14.

3. EL BUFÓN COMO NARRADOR. CARACTERÍSTICAS

Como ya he mencionado, considero la figura del bufón que narra su vida pasada lo que vertebra toda la narración. El entenderlo así permite dar sentido a elementos que en principio (y máxime a ojos de un lector contemporáneo) pudieran resultar un tanto inconexos.

El análisis por separado de las diferentes características de la personalidad del protagonista resulta verdaderamente difícil, dado que se presentan, necesariamente, como un todo. Por ello, me veré obligado a hacer constantes referencias de uno a otro en los distintos apartados en que se divide el presente ¹⁷.

3.1. La condición de hidalgo; el autodesprecio

Ciertamente, como ya he señalado, el personaje rechaza desde el principio de la obra su condición de hidalgo, pero no deja de aludir a ella en unas cuantas ocasiones a lo largo del libro, aunque las ensarte dentro de las chocarrerías de bufón que constantemente salpican su narración ¹⁸. Así, desde el prólogo en verso con el que se presenta, aparece como hidalgo-bufón:

Grande de España en cubrirme,
Caballero en preminencias,
Hidalgo de todas chanzas,
Infanzón de todas muecas.¹⁹

Asimismo, al referirse a sus actividades mercantiles en el Capítulo VII, dirá:

Aquí despaché muy bien una nueva provisión que había hecho de agua ardiente, pero no me atrevía a pregonarla por las mañanas por saber cuán bajo es el

¹⁷ El profesor Francisco Márquez Villanueva se ha ocupado con frecuencia de la figura del bufón en la España del xv y el xvi. A la hora de caracterizar a estos personajes, es indispensable consultar, junto con el artículo citado páginas atrás, el titulado «Jewish 'fools' of the Spanish Fifteenth Century» en *Hispanic Review*, L (Autumn 1982), pp. 385-409 y donde no sólo deduce características similares a las que encuentro en Estebanillo, sino que recopila abundante bibliografía sobre el tema y aduce textos de gran interés.

¹⁸ La más llamativa, sin duda, es la que se produce durante el episodio de la condena a muerte en Barcelona, cuando cuenta que

hice dar un memorial en mi nombre al Marqués de Este, que ejercía el puesto de general de la caballería [...], alegando en él ser hijo de algo, y que, conforme a los fueros de los que eran, me tocaba morir en cadahalso degollado como carnero, y no en horca ahogado como pollo.

El episodio (vol. I, Cap. V, p. 275), que concluye con la burla del marqués sobre las pretensiones del soldado, se presta, obviamente, a la sorna sobre los privilegios de la hidalguía.

¹⁹ Ed. cit., vol. I, «Prólogo en verso», p. 22.

oficio de pregonero, y así la vendía cantando por no ignorar cuán honroso es el de cantor.²⁰

En este segundo caso el recuerdo, tal vez involuntario, de Lazarillo se superpone, reforzándola, a la burla sutil del que ha dejado de lado su estado social por pura necesidad.

No creo, sin embargo, que haya amargura en el hecho de admitir el cambio de estado social, y la misma referencia al puesto de cantor nos permite recordar que bien podía Estebanillo haber hecho carrera en la Iglesia tomando órdenes o hábitos. No obstante, jamás vemos en él siquiera intención de hacer algo que era en su época, e incluso en su serie literaria, moneda corriente. Muy al contrario, serán frecuentes en él las afirmaciones como *que es gran cosa comer de mogollón y raspar a lo morlaco* en las que la preferencia por el vivir al margen de la sociedad se hace evidente. Lo mismo cabe decir de su estancia en el ejército. A este respecto, afirma José Antonio Maravall que

Estebanillo renuncia a las vías normales de subir, y muy especialmente a aquellas que pasan por el campo del ejercicio militar. A pesar de que buena parte de su existencia transcurre sentando plaza de soldado, de que cruza por diversos escenarios en la guerra de los Treinta Años y se encuentra en momentos de pleno enfrentamiento en batallas y otras acciones bélicas, sin embargo, no trata en tales oportunidades de sacar partido, falseando su participación. Él siempre procura quedar al margen, librarse de peligro y, renunciando a las posibilidades que un fácil fingimiento en estos casos le hubiera abierto camino para ascender, renuncia a los méritos de guerra.²¹

Creo que ello procede, precisamente, del carácter bufonesco del que narra la historia, lo que excluye la posibilidad de una vida de fama, o siquiera de trabajo honrado y oscuro. No se trata tanto de que Estebanillo sea un inútil o un vago cuanto de que *llega a bufón, lo veremos dentro de poco, porque lleva la bufonería en las venas: ya ejerce como tal, bien que sin librea, en su paso por los ejércitos francés y español*. Por otra parte, ejemplos no faltan de que Estebanillo miente cuando lo considera oportuno respecto de sus actuaciones en las batallas para obtener por ello los obsequios que le interesan, y que no son, precisamente, galones mal pagados. Véase a tal fin el episodio de la batalla de Nördlingen (capítulo VI, pp. 304 y ss.), o la llegada de Estebanillo, ya correo imperial, a la corte de Viena donde

...conté maravillas de la batalla y mentiras ni vistas ni imaginadas, ganando mucho más con ellas que no gané en Yelves a coger aceituna.²²

²⁰ Ed. cit., vol. II, capítulo VII, p. 18.

²¹ Vid. bibl., Maravall, J. A.; *La literatura picaresca desde la historia social* (Madrid: Taurus, 1986) p. 392.

²² Ed. cit., vol. II, cap. IX, p. 209.

El deseo de libertad del personaje, del que no podemos separar su afán por la bullanga, se sobrepone, casi, a cualquier traba social, y digo *casí* por cuanto acabará, paradójicamente, tomando una librea y sirviendo a un amo, bien que, eso sí, cuando no le quede más remedio.²³ Inciden en ésto otros dos pasajes de la obra, a los que me voy a referir a continuación y en los que el bufón proclama, por encima de las ataduras de clase, su deseo de hacer por sí mismo su destino.²⁴

En el primero de ellos, auténtica declaración de principios, nos dice que «poco importa que mi padre se llame hogaza si yo me muero de hambre»²⁵. El segundo se incluye dentro del episodio del capitán jenízaro²⁶, la burla de la honra que no se puede mantener externamente será constante, y, así, obligado a hacerse pasar por criado del que está viviendo a su costa, se burla de él en compañía de sus propios criados, a los que las circunstancias han convertido en camaradas.

De este manera, se produce una especie de mundo al revés en el que Estebanillo hace chacota de los empeñados en mantener una honra que no pueden sustentar diciendo que «no hay ley ni razón que obligue a ser grave a quien ha menester servir y agradar para no morirse de hambre».²⁷ Con ello, no sólo se crítica a los hidalgos que aparentan lo que no tienen (obsérvese que para nuestro personaje el *ser* equivale, en la escala social, al *tener*, sin que haya referencia alguna a lo largo del libro entero a algún tipo de hidalguía de espíritu), sino que, de paso, se permite el bufón colocarse a sí mismo como ejemplo de saber bandearse por la vida y de no dejarse llevar por las vanidades de la honra. Es lo que Idalia Cordero ha llamado «lo irracional de todo patrón de conducta sustentado en la hidalguía o posesión de títulos.»²⁸ Muy al contrario, Estebanillo resiste la tentación de hacerse pasar por grande:

²³ De la librea dirá que *aunque su nombre empieza por libertad, es vestido de esclavitud y munición de galeotes*. (ed. cit. vol. II, Cap. VII, p. 59).

²⁴ A este respecto, ha señalado Idalia Cordero en su ya clásico artículo «La vida y hechos de Estebanillo González», en *Archivum*, XV (1968), que

Esteban González es un individuo que elige vivir la vida del pícaro, en parte por cierta disposición natural a la aventura y a la «picardía», pero, sobre todo, porque encuentra entre los que lo rodean terreno fértil para la creación de su propio sistema de valores.

En efecto, no podemos olvidar el influjo de las circunstancias que lo llevan desde su primer oficio de barbero al último de bufón de corte. Creo, no obstante, que el peso de éstas es menor en el caso que nos ocupa que en otras obras del género picaresco (y vuelvo necesariamente a recordar al niño Lázaro de Tormes entregado al ciego a causa de la pobreza de la familia) y que en Estebanillo pesa más la propia decisión que las circunstancias a la hora de elegir su destino. Pensemos en la poca reflexión con la que abandona diversos puestos como criado en los primeros capítulos y la clara voluntad personal con la que rechaza el puesto de bufón del Cardenal-Infante.

²⁵ Se trata del episodio en que el protagonista acepta el puesto de bufón de Piccolomini, ed. cit. vol. II, cap. VII, p. 50.

²⁶ Ed. cit., vol. II, cap. XI, pp. 241 a 248.

²⁷ Ed. cit., vol. II, cap. IX, pp. 244.

²⁸ Art. cit., p. 187.

...por verme entrar con ostentación de carroza y autoridad de criados y caballos, tuve ciertos bostezos de ponerme un don, aunque no fuera yo el primer bufón que lo ha tenido ni me sentara mal, siendo correo imperial y real, que me llamasen don Estebanillo. Pero, por que no hicieran burla de mí, como de muchos que los tienen sin tener caudal con que sustentarlos, me empecé a santiguar diciendo:
—¡Libreme Dios de tan mal pensamiento!²⁹.

De la misma manera, va Estebanillo a exagerar su hidalguía para distanciarse de ella. Esta exageración es propia de la bufonería, tal y como señala Francisco Márquez Villanueva: «para acreditarse de tal ‘loco’ hay que comenzar por hacer gala de lo que tantos otros trataban de ocultar por todos los medios»³⁰. Estebanillo exagera su hidalguía en tiempos de descrédito para ésta lo mismo que exageró su judaísmo d. Francés de Zúñiga durante la época de Carlos V:

el «loco» inteligente procuraba intensificar la locura siempre que podía con exhibicionismo de taras físicas (fealdad, vejez, enanismo, obesidad, córcovas).³¹

Creo que podemos ampliar la lista con el alcoholismo y la inutilidad total que exhibe Estebanillo, desmentida la segunda por sus propios méritos, como veremos dentro de poco.

Esta exageración se plasma en ciertas actitudes de Estebanillo que nos permiten ver en él algún resto del hidalgo que dice querer ignorar, toda vez que no deja de insistir, por vía directa o indirecta, en ellas.

La primera es el desprecio que manifiesta, no ya por el mundo del hampa con el que se codea en ocasiones (cualquier narración en la estela del *Guzmán* podía incluir, desde un tiempo de arrepentimiento, el desprecio por lo que uno fue y por la gente con la que se mezcló), sino por el de los criados con los que se ve obligado a alternar. Son constantes las referencias a la mala condición de éstos, ya enunciada de forma lacónica y casi gnómica:

Yo le dije [...] que se persuadiese a que no había cocinero que no fuese ladrón, saludador que no fuese borracho, ni músico que no fuese gallina,³²

ya desarrollada en episodios en los que recibe mal trato de los criados, como en el caso en que, en el Palacio Imperial de Viena,

Llegó un paje por detrás de mí y, viéndome tan espetado y relleno, [me] metió por debajo del envés de la barriga un puntiagudo agujón que podía servir de

²⁹ Ed. cit., vol. II, cap. IX, pp. 239 y 240.

³⁰ Art. cit., p. 506.

³¹ Art. cit., p. 506.

³² Ed. cit., vol. I, cap. VI, p. 303.

lengua a una torneada garrocha y dar muerte con ella al más valiente novillo del Jarama. Disimulé el dolor, aunque era insufrible, por no perder el punto de mi engollamiento y al cabo de un rato me salí de la sala, por no poderlo sufrir; y encontrando al mayordomo mayor le dije:

— Señor, ¿cómo se permite que se atrevan los pajes a los príncipes extranjeros y de tanta calidad que se cubren delante de sus Majestades Cesáreas?

El cual, dejándome con la palabra en la boca y volviéndome las espaldas, me respondió:

— Esos son postres de los bufones.³³

Ciertamente que en éstos últimos casos podríamos ver únicamente un deseo de venganza por parte del bufón que es maltratado habitualmente por la servidumbre (principalmente porque *esa* era la existencia de los bufones de corte³⁴), pero las referencias generalizadoras respecto de la mala calidad moral de los criados son demasiado frecuentes como para no considerarlas fruto de una creencia firmemente arraigada en el narrador.

Más aún, al referirse a los criados del granjero alemán al que acabará tirando con el «relleno imperial aovado», nos dice que, a pesar de haber declarado éste que no tenía nada

...no le valió nada su fingimiento, porque sus mismos criados me dieron aviso de ello, porque demás de ser enemigos no escusados son los pregoneros de los defectos de sus amos.³⁵

En este caso, nada ganaba ni perdía nuestro narrador con hacer este comentario, máxime cuando el «soplo» de los criados le sirve para darse uno de los banquetes a los que tan aficionado se muestra. Creo que, como indicaba

³³ Ed. cit., vol. II, cap. VII, pp. 60 y 61. Nótese que el choque entre la apariencia (cubrirse ante los reyes como los grandes del reino) y la realidad (ser maltratado como bufón) no puede ser más brutal.

³⁴ Pensemos, a este respecto, en la declaración de Guzmán de Alfarache al comentar su etapa como bufón: «Figúrase ahora que debía de ser entonces como la malilla en el juego de naipes, que cada uno la usa cuando y como quiere.» Cito desde aquí por Alemán, Mateo: *Guzmán de Alfarache*, ed. de Francisco Rico (Barcelona: Planeta, 1983), p. 494.

³⁵ Ed. cit., vol. I, cap. VI, p. 298. Téngase en cuenta, además, que el mal trato al bufón era constante por parte de todos los que le rodeaban. Como afirma M.^a Soledad Arredondo en su artículo «De Lazarillo a Estebanillo: novedades picarescas de *Estebanillo González*» en *Revista de Filología Española*, LXXV (1995), pp. 257 a 279,

A la hora de interpretar estas burlas crueles, la insensibilidad de los ilustres amos, o el cinismo pragmático de Estebanillo, conviene tener en cuenta las costumbres palaciegas de la época y el que tales padecimientos entraban casi en el salario de un chocarero.

Recuérdense, asimismo, las páginas que Marithelma Costa dedica a Antón de Montoro en su comunicación «El poeta y bufón Antón de Montoro: algunos aspectos dramáticos de su poesía» incluida en las *Actas de las XVII Jornadas de Teatro Clásico* (Almagro: Universidad de Castilla-La Mancha, Festival de Almagro, 1995), pp. 45 a 58. En ellas, la estudiosa norteamericana recuerda los torneos poéticos entre bufones en los que el autodesprecio era tan importante como el insulto.

arriba y muestra el ejemplo, estos ataques a la servidumbre esconden la conciencia de pertenecer a un estado mejor, cualquiera que sea el medio por el que uno se gane la vida. Además, aparecen también ataques venteros y bodegueros³⁶ e incluso judíos.

Por otra parte, no podemos olvidar que Estebanillo ha sido también criado en su juventud y que siempre ha acabado huyendo y hurtando algo, ya sean trajes de escena, en el caso del Cardenal de Oria y en el de la cómica a la que sirve en Sevilla, ya el propio arca del dinero en el del secretario de D.^a Juana de Austria, aunque en éste último caso el robo quede frustrado.

Podemos pensar, por ello, que cree que todos son de su condición, pero la insidia contra los servidores parece ir más allá y situarse en el plano de lo irracional, como resto de algo rechazado, que sería en este caso la hidalguía.

En segundo lugar, creo que debe conectarse con estos restos de hidalguía el contento con que Estebanillo recibe el mínimo ascenso que supone servir de correo durante la guerra, aunque en sus viajes como tal pierda días enteros a causa de borracheras o de rodeos motivados sólo por su cobardía. Así, al presentarse en uno de los puntos de destino preferirá «usar las obligaciones de correo que las preeminencias de gentilhomme entretenido»³⁷ Es ésta la única ocasión en la que el desastrado bufón logra un puesto de mínima responsabilidad y se siente inequívocamente orgulloso de ello. Comparemos este ascenso con el que recibe en casa del cardenal de Oria, donde se burla del trabajo que ha sido preciso para tan pequeño avance:

Hiciéronme al cabo de cinco semanas, en premio de mis servicios, barre[n]dero menor de la escalera abajo; que desta suerte avanza quien sabe tan bien servir y con tanta satisfacción de sus oficiales.³⁸

Con tan fina ironía, se sitúa Estebanillo en una esfera muy superior a la de los criados, aunque él pueda llegar a servir durante sus primeros años. En este desprecio por el trabajo como criado se superponen, creo, ese resto de conciencia hidalga y el afán por la vida libre que le lleva a abandonarlo todo varias veces.

Contrastando con lo anterior, tenemos otras declaraciones en las que el bufón se manifiesta como incapaz de llevar a cabo un trabajo ni de vivir sin el apoyo de su amo. Junto con la posibilidad de que el declararse inútil para el trabajo sea otra forma de burlarse de los que trabajan, no debemos olvidar que Esteban escribe dentro del decoro que la literatura exige al bufón y éste no ha de ser excesivamente despierto. De forma parecida, Erasmo se refiere en su *Elogio de la Locura*, a la necesidad de que el cortesano no sea demasiado despierto:

³⁶ Recordemos el engaño de que es objeto el posadero de Bruselas —volumen II de la edición citada, capítulo X, pp. 216 y ss.— o las malas obras de la bodegonera de Zaragoza —ibidem capítulo XII, p. 320.

³⁷ Ed. cit., vol. II, cap. IX, p. 194.

³⁸ Ed. cit., vol. I, cap. II, p. 109.

...los grandes príncipes ven con malos ojos y como a enemigos a hombres demasiado inteligentes. [...]. Se deleitan, en cambio, con ingenios más torpes y sencillos. Cristo mismo rechaza y condena a esos **sabios**, que confían siempre en prudencia.³⁹

Más allá de la ironía erasmiana, Fray Antonio de Guevara expone también el peso que tienen en los oídos de los príncipes las palabras de los chocarreros frente a los consejos sabios y ponderados de personas graves:

Una de las grandes desórdenes que hay en las cortes de los príncipes es que más dan al chocarrero porque dijo una gracia, al truhán porque dijo a la gala, a la gala, al bien hablante porque dice una lisonja, a una cortesana porque da un favor y a un correo que trae una nueva que a un criado que sirve toda su vida.⁴⁰

El bufón no debe, por lo tanto, pasarse de listo, sino, muy al contrario, aconsejar al príncipe de forma que no se note el consejo. En palabras de Francisco Márquez Villanueva,

...un juego de esta clase no estaba cortado a la medida de individuos mediocres o ingenios de escaso temple. Por el contrario, eran hombres de alta sensibilidad moral y harto conscientes de cuanto ocurría a su alrededor.⁴¹

Del mismo parecer es Guzmán de Alfarache:

Graciosos hay discretos, que dicen sentencias y dan pareceres que no se humillarán sus amos a pedirlos a otros de sus criados, aunque les importaran mucho y fueran ellos grandísimos estadistas para poderles aconsejar,⁴²

y también Erasmo de Rotterdam:

...algunas palabras podían costar la vida al sabio, mientras que proferidas por un bufón resultan relajantes. La verdad lleva, en sí misma, el don de agradar con tal que no ofenda; y los dioses han concedido este don a los insensatos.⁴³

³⁹ Vid. Erasmo de Roterdam: *Elogio de la locura*. Trad. de Pedro Rodríguez Santidrián (Madrid: Alianza, 1993), 65, p. 135.

⁴⁰ Vid. Fray Antonio de Guevara: *Menosprecio de Corte y alabanza de Aldea / Arte de Marear*. Ed. de Asunción Rallo (Madrid: Cátedra, 1984), XI, p. 205.

⁴¹ Art. cit., p. 506.

⁴² Vid. *Guzmán de Alfarache*, ed. cit., II, I, 2, p. 494.

⁴³ Ed. cit., 36, p. 77. En el trabajo de Marithelma Costa sobre Antón de Montoro al que me he referido páginas atrás se muestra como el poeta se convierte en adalid de la causa conversa ante la reina. La explicación de la supuesta valentía del bufón (de «reivindicación abierta de sus correligionarios» lo califica la autora) no es otra que su propia condición de bufón. Es él y nadie más el encargado de decirle a los reyes las cosas desagradables.

De esta manera, el bufón se define por su simpleza externa y Estebanillo no puede hacer gala de poseer la cantidad de recursos que se transparentan a lo largo de su narración y que, sin duda, sus amos conocían. A esto debemos sumar, una vez más, el fin crematístico del libro, al que, sin duda, ayuda tanto el presentarse desamparado y carente de recursos como mostrarse simple y sin horizontes.

Probablemente, nos hallamos ante un deseo de aparecer a la sombra del amo de modo que a éste no le quepa duda ni de la fidelidad que despierta en el bufón ni de que éste lo necesita. De este modo, no dejará de prestarse a contribuir a su bienestar de jubilado en la cálida y soleada Nápoles.⁴⁴ A considerar esto me lleva la insistencia de Estebanillo en la dependencia del amo desde las primeras páginas:

[El duque de Amalfi] siempre me ha amparado y favorecido, mostrando los preciosos quilates de su grandeza, valor y generosidad, en levantar mi humildad y corto merecimiento de las deshechas ruinas del olvido y del inútil polvo de la tierra.⁴⁵

Junto con ello, cabe pensar, tal vez, en una crítica indirecta a sus amos: así me habéis tratado, no podréis negarme el premio después de los vejámenes a los que me habéis sometido. El recurso a la utopía para decir lo que no se puede decir es tan viejo como el mundo y cabe pensar en el uso de tales metáforas como usadas para señalar el trato que ha recibido sin salirse, como tampoco se salen Lázaro o Guzmán, del decoro de su personaje. Con esto, el bufón pondría ante los ojos de su amo su realidad, realidad de la que es consciente y que acepta con todas las consecuencias, pero por la que pide paga.

En efecto, el camino de Estebanillo hacia el arte de la bufa parte de unas indudables condiciones naturales que pone en funcionamiento en cuanto ve el partido que les puede sacar en el mundo de la milicia. Posteriormente, el cargo de bufón profesional se le ofrece en tres ocasiones⁴⁶: la primera, cuando es bufón, por poco tiempo, de D. Melchor de Borja⁴⁷, más adelante, en Barcelona,

⁴⁴ En el mismo *Elogio de la Locura* (44, p. 88 de la edición citada), señala Erasmo que

Creen que la adulación se compadece mal con la fidelidad; cambiarían no obstante, de opinión, con sólo observar el ejemplo de ciertos animales. ¿Hay algo más adúlador que un perro? ¿Y quién más fiel que él?

⁴⁵ Ed. cit., vol. I «A el Lector», p. 15.

⁴⁶ Dejo de lado el episodio de «Monsieur de la Alegría» en el que Estebanillo, aunque cumple el papel de bufón del sargento, y del regimiento entero, no es criado ni viste librea, ni tiene, en realidad, más obligaciones que cualquier otro de los soldados con los que convive. Véase el episodio en el Capítulo V (vol. I de la edición citada), p. 255.

⁴⁷ En efecto, Estebanillo nos dice que «por parecerle soldado entretenido me mandó dar dos doblas y que acudiese a comer a su casa». (cap. V, p. 259 de la edición citada). En ello creo ver un paso hacia el servicio más allá de su puesto como «la alegría del batallón» en el ejército francés y, posteriormente, como vivandero del ejército español.

cuando el Cardenal-Infante lo libra de la pena de muerte y le ofrece el amparo de su corte y la tercera por el General Piccolomini. La segunda vez, está a punto de aceptar:

...aunque estuve a pique de cubrirme y de tomar posesión de tal oficio, lo dejé de hacer por ciertos sopapos y pescozadas que me dieron sus pajes con manos pródigas, y por la grande afición que tenía al hábito de soldado.⁴⁸

Posteriormente, prosigue con una vida de carácter pseudo-bufonesco, toda vez que sigue actuando de bufón de la compañía. Así, nos lo encontramos en el Capítulo VI de la obra preparado de la siguiente guisa para una revista:

...llevando yo por la obligación de ser soldado una carabina con braguero, por habersele roto caja y cañón, y un frasco lleno de pimienta y sal para despolvorear los habares; y por armas tocantes a la cocina, un cuchillo grande, cuchillo mediano y cuchillo pequeño, que, a tomar transformación y convertirse en perros, se pudiera decir por mí que llevaba **perri chiqui, perri grandí, perri de tuti maneri**.⁴⁹

Nos hallamos ya con un bufón de hecho al que protegen los oficiales del regimiento, aunque todavía no dependa de ellos por completo, puesto que mantiene un oficio de vivandero que tampoco se le da precisamente mal y que nos describe, de nuevo la ironía, como si de las obligaciones de un cortesano se tratara:

Gastaba las horas del día de esta forma: desde el alba hasta las nueve ejercitaba el oficio de destilador de aguas, que este título le había dado porque no llamasen aguardentero a quien tenía entrada y amistad con todos los oficiales mayores de el ejército; de las nueve a las once hacía mis empanadas y las vendía; y de las once a la una era visitador general de las cocinas ajenas, sobrestante de las ollas, reconecedor de las cazuelas, superintendente de los asadores y pesquisidor de los vinos; de la una a las tres, veedor de las dos mesas referidas, **gracejo de sus dueños y ejecutor de sus despojos**; y de las tres hasta ponerse el sol, merchante de quesos y estanquero de naipes.⁵⁰

Obsérvense las palabras que hemos subrayado. En ellas, Estebanillo aparece ya como bufón de los oficiales, bien que entre otros muchos empleos y sin atadura de servicio. Ciertamente, como él ha declarado líneas atrás, el mantener esa vida no le resulta fácil. Poco antes, al pedírsele el nombre, ha declarado que

⁴⁸ Ed. cit. vol I, cap. V, pp. 279 y 280.

⁴⁹ Ed. cit., vol. II, cap. VI, p. 304.

⁵⁰ Ed. cit., vol. II, cap. VII, p. 20.

Mi nombre es Estebanillo González entre los españoles, Monsieur de la Alegrezza entre la nación francesa; mi oficio es el de buscón y mi arte el de la bufa, por cuyas preminencias y prerrogativas soy libre como novillo de concejo⁵¹.

Estebanillo pretende ser un bufón libre (como es libre el pícaro), y esto es punto menos que imposible en tiempos de guerra. Éste será el motivo de que, finalmente y a la tercera, se pliegue a ser bufón de librea, primero de Cardenal-Infante y después del general Ottavio Piccolomini.

Por otra parte, parece que la presencia de soldados gorreros y entretenidos era frecuente en el depauperado ejército español⁵². A ellos acabará por asimilarse nuestro personaje, aunque, en el mismo Capítulo VII, vemos el recelo con el que comienza a comer a costa de los oficiales, dado que ve en ello un primer paso hacia la dependencia y el servicio, de los que pretende huir:⁵³

Tuve vergüenza, a los primeros días, de ir a comer continuamente a la posada del comisario general y a la de don Cristóbal Salgado; pero viendo tantos peinados gorreros acudir con tanta puntualidad y cuidado, [...], acudí de allí adelante a gozar de la limosna o a comer de bonete...⁵⁴

Por otra parte, y dentro del mismo aspecto, el calificativo de «gentilhombre de la bufa» que gusta nuestro protagonista de emplear para referirse a sí mismo, nos acerca de nuevo a los restos de hidalguía del personaje en lo que de trabajo cortesano va a tener para Estebanillo su llegada a bufón y su vida posterior. Ciertamente que, como señala M.^a Soledad Arredondo⁵⁵, la figura del hidalgo entretenido que divierte a su señor no es nueva en la serie pica-

⁵¹ Ed. cit., vol. II, cap. VII, p. 43.

⁵² Puede verse un episodio particularmente revelador al respecto en *Guzmán de Alfarache*, I, III, 10, ed. cit., pp. 439 y 440. La presencia de estos soldados había pasado a estas alturas a ser parte de la literatura, tal y como lo demuestra su presencia no ya en la serie picaresca, sino también en el teatro de Lope de Vega.

⁵³ La vinculación del bufón con la mesa del amo está ya en el *Elogio de la Locura* de Erasmo:

...no hay comida buena si no va salpicada de cierta necedad. De hecho, si no hay comensal que con humor verdadero o fingido mueva a risa, se paga a un bufón o se invita a un gorrón ridículo para que con sus estúpidas ocurrencias ahuyente el silencio y la tristeza de la sala.

(*Elogio*, 18, pp. 53 y 54 de la ed. cit.).

Del mismo modo, Guzmán nos cuenta (II; I, 2, p. 498 de la edición citada) cómo su amo el embajador francés

Acostumbraba de ordinario a sentar dos o tres destos a su mesa, donde se proponían cuestiones graves, políticas y del Estado, principalmente aquellas que mayor cuidado le daban. Desta manera, sin descubrirse, recibía pareceres y disfrutaba lo más esencial dellos.

Es posible pensar si la importancia del bufón en el banquete no influye, quizá, en las referencias constantes de Estebanillo a la comida y, sobre todo, a la bebida.

⁵⁴ Ed. cit., vol. II, cap. VII, p. 19.

⁵⁵ Art. cit., p. 264.

resca, pues desde el archifamoso hidalgo del *Lazarillo* hasta el Don Tomé de *Las aventuras del Bachiller Trapaza* de Castillo Solórzano, el oficio de bufón o, al menos, de gentilhombre de compañía de un gran señor aparece como una de las pocas salidas posibles para un hidalgo arruinado al que el trabajo manual queda vedado. En la misma línea abunda alguna de las críticas al mundo cortesano realizadas en el *Menosprecio de corte* por Fray Antonio de Guevara, quien señala que

Hay otro género de hombres o, por mejor decir, de vagamundos en la corte, los cuales negocian con grande autoridad y no poca sagacidad en que éstos, después que han a un señor visitado y algunas veces acompañado, envíanle un paje con un memorial, diciendo que él es un pobre hidalgo, pariente de uno del consejo, en fortuna muy desdichado, que se ha visto en honra y que anda procurando un oficio y suplica a su señoría le envíe alguna ayuda de costa. No son pocos los que viven en la corte desta manera de chocarrería, ni aun viven con tanta pobreza que no sustenten un paje, dos mozos, una mula y aun una amiga, los cuales tienen hecho memorial de las mesas a do han de ir a comer por orden cada día y de los señores que han de pedir cada mes.⁵⁶

Nos encontramos, por tanto, con un tipo frecuente en cuya estela se sitúa Estebanillo que, si bien prescinde de servidumbre innecesaria, sí que mantendrá a una amiga.

Todo ello nos muestra que nuestro personaje es consciente del oficio que ha tomado. Buen ejemplo de ello es el episodio del castillo de Rupelmunda, en el que, como puro juego cortesano, Estebanillo está a punto de ser castrado. Al final de la «aventura» y tras librarse por pura casualidad, los dichos peligros son comentados en una breve conversación que el bufón mantiene con el Cardenal-Infante y con su ayuda de cámara:

Lleváronme delante de su Alteza, el cual me dijo:

—¿Qué desdicha es ésta, Estebanillo, o qué pecados has cometido para haberte puesto en tal aprieto?

Yo le respondí:

—Señor, estos son caprichos de señores y pensión de los de mi arte.

Díjome un ayuda de cámara:

—Hermano Esteban, el oficio del gracioso tiene del pan y del palo, de la miel y la hiel, y del gusto y susto; y es menester pasar cochura por hermosura.⁵⁷

⁵⁶ Ed. cit., IX, pp. 208 y 209.

⁵⁷ Ed. cit., vol. II, cap. VII, p. 90. Véase también, respecto de la frecuencia con la que los bufones eran sometidos a este tipo de bromas, el citado artículo de M.^a Soledad Arredondo, p. 270. Véase, asimismo, el episodio correspondiente al encuentro con don Tomé en *Las aventuras del Bachiller Trapaza* de Alonso del Castillo Solórzano (Capítulos XI y XII), donde el mencionado personaje, hidalgo abufonado con el que se divierten en Sevilla, sufre una broma parecida a la del castillo de Rupelmunda. Podríamos, incluso, bien que guardando las distancias, recordar las bromas a las que Don

Tenemos, por tanto, un personaje que no desconoce lo que es, aún más, que no se avergüenza de ello sino que lo pone sobre el tapete con un descaro que contrasta con el moralismo de Guzmán a la hora de juzgar su etapa al servicio del embajador francés⁵⁸. Como señalan acertadamente Spadaccini y Zahareas en la introducción a su edición del libro,

...el 'bobo' Estebanillo es un 'bobo' a **sabiendas**, es decir, más que ser tonto, él hace el papel del bobo conscientemente, por obsequio a los otros. Los otros quieren reír y Estebanillo les agrada. Ser ridículo, irónicamente, es un modo de mirar por sí mismo durante los días menguados de la guerra.⁵⁹

En consonancia con ello tenemos el hecho de que, como ya he apuntado, desde el principio de la novela se presente el narrador a sí mismo como un completo desastre incapaz de aprender un oficio o de realizar trabajo alguno con un mínimo de honradez. Pensemos en su paso por el hospital de Milán, verdadera joya del humor negro, en sus trucos como buhonero para adulterar los productos que vende (incluida el agua), en la infidelidad con la que sirve a sus amos o, finalmente, en su asociación con un mendigo francés, en la que Estebanillo va a estar como pez en el agua.

Con todo esto, Estebanillo se sitúa dentro de la línea determinista de la pícarasca, bien que por motivos muy distintos a los del resto de los pícaros: los que narran su vida suelen mostrar la amargura de no haber podido alcanzar lo que la sociedad les veta por nacimiento mientras que en aquellos casos en los que existe un narrador omisciente, será éste el que se encargue de demostrar que son de mala catadura moral, por lo que su vida está marcada de antemano. Frente a todos ellos, nuestro personaje se muestra como hábil sólo en la pillería porque el arte de bufón que ha elegido así se lo exige. Los ejemplos como éste en los que el narrador, sirviéndose de forma bastante original del determinismo, se autodesprecia son, algo hemos visto, de lo más variado. Por citar sólo uno más, al llegar a Nápoles en el capítulo III, afirma que «escarmentado a causa de mi destierro, me junté así que llegué con otra tropa aun peor que la referida». Es decir, dejándole solo, Estebanillo sólo puede ir a peor. Con ello, debo volver a remitirme a las palabras de Márquez Villanueva que sobre el exhibicionismo de defectos en los bufones he citado páginas atrás.

Quijote, y sobre todo Sancho, son sometidos en la corte de los duques. Ciertamente, no estamos ante dos bufones, o, al menos, los personajes no se tienen por tales, tampoco hay bromas de tipo sexual como la acontecida a Estebanillo, pero no estamos, creo, lejos de este terreno en lo que concierne a los azotes de Sancho o al incendio del Clavileño en el que ambos van subidos: en los dos casos nos encontramos con una absoluta inconsciencia del dolor del embromado y, de rechazo, con una consideración del dicho embromado como puro objeto de placer comparable, en nuestros días, a los golpes y carreras de los dibujos animados.

⁵⁸ Vid. *supra*, nota 50.

⁵⁹ Introducción a su ed., p. 35.

3.2. La ausencia de moralidad; el supuesto carácter crítico del narrador

Unida en buena medida a todo lo anterior, encontramos habitualmente la tan traída y llevada cuestión de la ausencia de moralidad de el narrador-personaje. En efecto, apenas encontraremos en todo el discurrir del libro juicios morales y, cuando éstos tengan lugar, no aparecerá en ellos la moralidad explícita y convencional a la que estamos acostumbrados en la literatura del XVII. Con ello, Estebanillo sitúa su narración en el plano de la diversión pura en la que, si entran elementos morales, va a ser por la puerta de atrás, por poco tiempo, y de forma que no parezca que el bufón quiere meterse en camisa de once varas. De esta manera, cuando llegue a terreno peligroso, dejará que la crítica pase sin hacerse. Veamos, a este respecto, lo que hace al venirle a la pluma la corrupción del ejército en el capítulo V:

Vino el unto a los mayores, recibieron el soborno y, echando rigurosos bandos nos hicieron ayunar hartos meses lo que comimos pocos días. Mucho paño tenía aquí donde poder cortar, pero se embotaran mis tijeras y pensando ganar amigos, cobraré enemigos.⁶⁰

De este modo, se separa Estebanillo de la actitud de moralista que toma, por ejemplo, Guzmán, y se separa porque, recordemos con Erasmo, el bufón es el que debe decir las cosas a su amos como nadie más es capaz de decirlas.

En lugar de «cobrar enemigos», Estebanillo parece querer seguir las palabras que Erasmo pone en boca de la Locura buscando «conciliar y mantener los afectos» al referirse a los puntos negros del ejército español y al apartarse de una crítica directa y dura que, insisto, no le conviene ni como personaje ni como narrador toda vez que, no lo olvidemos, busca dinero para su garito napolitano.⁶¹

Al mismo tiempo, podemos pensar si los aspectos que a nosotros (lectores del siglo XX) nos parece críticos, lo son tanto en el contexto de la época, y no ya porque el narrador sea bufón o anacoreta, sino por los temas que son objeto de crítica.

Dos han sido los aspectos que los estudiosos han destacado como crítica real. El primero, que ya venimos enunciando, es el del ejército en crisis. No es nada nuevo a la altura de 1646, fecha en que se publica *Estebanillo*, que el

⁶⁰ Ed. cit., vol. I, cap. V, p. 257.

⁶¹ Por ello creo que son producto de una lectura viciada por una visión excesivamente cercana a ideologías de nuestros días afirmaciones como la de Spadaccini y Zahareas (ed. cit., p. 55) de que «La visión grotesca del narrador hace de Estebanillo González una de las novelas más eficazmente antimilitaristas que jamás se hayan escrito en Europa». Si Estebanillo es un narrador grotesco, ello se debe a su condición de bufón y si la novela resulta antimilitarista, se debe a los hechos que narra y a como repercuten tales hechos sobre nosotros como lectores del siglo XX.

ejército español no es ya lo que parecía haber sido antaño. En el propio género picaresco tenemos ya las declaraciones de Guzmán de Alfarache (1599) durante su reclutamiento en Almagro en las que el capitán con el que conversa se queja

de la corta mano de los hombres valerosos y cuán abatida estaba la milicia, qué poco se remuneraban los servicios, qué poca verdad informaban dellos algunos ministros, por sus propios intereses, cómo se yerran las cosas porque no se camina derechamente al buen fin dellas, antes al provecho particular que a cada uno se le sigue.⁶²

No es, sin embargo, el género picaresco el único vehículo de la crítica al mal estado del ejército, ni tampoco, tal vez, el más importante: en fechas tan tempranas para lo que sería nuestra decadencia como 1594, nos encontramos con el libro del capitán Marcos de Isaba titulado *Cuerpo enfermo de la milicia española* en el que el autor, militar retirado, narra, en lo que se presenta como un memorial dirigido al rey, desmanes cometidos por mandos del ejército y funcionarios de la hacienda pública que recuerdan mucho a los que Estebanillo narra en su paso por la milicia durante sus primeras correrías italianas y andaluzas. Así, sobre las plazas, dice Isaba

que si un capitán tiene en su compañía de muertos o ausentes treinta plazas o más, la noche antes de la muestra, el contador, de consentimiento de los otros, las envía a demandar, y, aquella noche, en la lista las apunta y hace buenas con esta condición: que él se lleva la mitad, y de las que quedan se reparten el capitán, alférez y sargento, sin otras adherentes que hay contra el servicio de Su Majestad. Y el más principal es que, ya que el dinero es el interese sobre el que se hace tan ruin servicio [...], lo que más importa es que, demandado a un capitán qué gente tiene por su general para hacer un efecto que importa mucho, si dio aquel mismo día ciento cincuenta de muestra y paga, no tiene ciento de servicio y efecto, porque en el papel se llevaron los pagadores los demás. Y desta manera se pierden las plazas y castillos y batallas y andamos siempre cojos y faltos de lo que es menester.⁶³

No es difícil comparar esto con lo que cuenta Estebanillo en el capítulo tercero cuando asegura haber formado parte de un compañía que

⁶² Ed. cit., I, II, 9, p. 338.

⁶³ Vid. Marcos de Isaba: *Cuerpo enfermo de la milicia española* (Madrid: Guillermo Druy, 1594) Cap, V, hs. 23 y 24. Cito por el ejemplar que de la obra conserva la Biblioteca Nacional de Madrid, signatura R / 12.288. Modernizo la ortografía. La presencia de la indisciplina del ejército en el propio teatro de Lope de Vega nos muestra hasta qué punto estamos ante un lugar común que cada autor maneja a su antojo y del que no se puede deducir, a priori, un deseo de crítica social. Sobre la presencia de la soldadesca en el teatro de Lope véase el artículo de Edward Nagy: «La Picardía Castrense en Flandes y su utilización por Lope de Vega» en *Lope de Vega y los Orígenes del Teatro Español, Actas del I congreso internacional sobre Lope de Vega* (Madrid: Edi 6, 1981), pp. 765-775.

...tenía sesenta soldados efetivos para entrar la guardia y ciento y cincuenta para el día de la muestra. Harto pudiera decir acerca desto, pero me dirán que quién me mete en esto, ni en gobernar el mundo, tiniendo dotores la Iglesia.⁶⁴

También ha pretendido la crítica ver en esto un ataque del bufón hacia sus amos. No encuentro en el texto ni en la intención primera del libro apoyo para ello y sí hartas dudas de si no nos hallamos ante una serie de prejuicios lógicos en un lector del siglo xx, pero no en un bufón del xvii⁶⁵. Ciertamente que determinadas alusiones en el episodio de Rupelmunda y en el del carnaval de Viena pueden hacer pensar en ello. Me refiero en concreto a la frase «Estos son caprichos de los señores» (Cap. VII, p. 90 de la edición que venimos utilizando) con la que Estebanillo alude al intento de castración del que ha sido objeto. Ciertamente que la situación es como para espantar a cualquiera y no cabe pensar que el bufón no guarde un cierto rencor a su amo por ello, pero no creo que tal aspecto se pueda plasmar en una obra como la que nos ocupa. Máxime cuando la frase concluye «y pensión de los de mi arte». De esta manera, el bufón disuelve la crítica, concreta y puntual, en la narración burlesca del episodio entero al concluir conque él ya sabía a lo que se prestaba, hecho que no deja de rebajar en buena medida la capacidad crítica del episodio.

Junto con la frase comentada, suele citarse al hablar de esta conciencia crítica el final del capítulo VII, cuando, en Viena y durante el carnaval, monta el bufón una mascarada con varios judíos en la que representa a un sacamuelas. Llegados ante el palacio imperial, Estebanillo se excede en sus funciones con el «paciente» de modo que

...por hacer reír a sus Majestades a costa de llanto ajeno, tiré con tanta fuerza que no sólo se la saqué [la muela], pero muy gran parte de la quijada con ella.⁶⁶

No creo que nadie pudiera, en el siglo xvii, acusar de nada a los emperadores, y menos tan en público. De haber algún aspecto crítico en la obra sería, una vez más, para con el propio Estebanillo que se ha dejado llevar por el entusiasmo ante público tan importante e incidiría en el autodesprecio del que se hace objeto y del que ya hemos hablado líneas arriba.

Muy al contrario, Estebanillo hace hincapié en su fidelidad a la casa de Austria y relata muy ufano sus encuentros con miembros de la familia imperial:

Llegamos a Viena, adonde sin limpiarme las botas de las salpicaduras del camino fui a besar la mano a la Cesárea Majestad de la Emperatriz María, la cual,

⁶⁴ Ed. cit., vol. I, pp. 156 y 157.

⁶⁵ Remito una vez más al artículo citado de Márquez Villanueva donde se indica que los lenguajes de la locura se mostraban en esta época rígidamente disciplinados y servían para entrar en un terreno de oscuras alusiones, donde se abordaban los temas vedados a la expresión cuerda.

⁶⁶ Ed. cit., vol. II, p. 94.

con ser yo pequeño y no usarse en Alemania chapines, me hizo grande del Sacro Imperio; mandóme cubrir como a potentado y [y]o, viéndome favorecido y en vísperas de privado, me endiosé con tanta gravedad y vanagloria que en lo hinchado y puesto en asas parecía botija de serenar.⁶⁷

Observemos que el hecho de codearse con grandes no quita para que el bufón siga siendo bufón y aluda a sí mismo en tono burlesco. Sin embargo, no es alternar con la realeza lo que más impresiona a nuestro bufón (ya hemos visto cuán poco se le da de su propia hidalguía) sino, dentro de su concepto económico de la aristocracia, los regalos que recibe del propio Emperador, del Archiduque Leopoldo y del príncipe Matías⁶⁸.

Vemos, así, el ansia dineraria de Estebanillo que no sólo cuenta lo que ha recibido, sino que, al tiempo y como por casualidad, lisonjea a Piccolomini, del que espera no menos que de todos los anteriores. La frecuencia en la petición de mercedes, propia de cualquier personaje abufonado, se convierte en pura y simple solicitud de *dinero*.

Llama la atención en este punto la radical diferencia entre la obra que nos ocupa y el resto de la literatura española del momento. Frente al desprecio que, dentro de España, se sentía por el dinero y por quienes lo manejaban y la frecuencia con que, por falta de moneda, los pagos se hacían en especie, ya en telas o joyas, tanto en la realidad como en la literatura, las referencias a regalos que no sean en moneda se limitan a las cadenas que también son de metal precioso. Creo que el hecho de que Estebanillo pase la mayor parte de su vida fuera de España es fundamental a la hora de entender esta diferencia.

Todo esto nos lleva a la discutida cuestión de la adhesión de Estebanillo a la Casa de Austria, adhesión que ha suscitado numerosas dudas entre los estudiosos de la obra, pues no parece conectar por completo, al menos desde el punto de vista moderno, con la protesta de libertad que supone el no atarse a patria alguna tal y como la realiza el narrador en los primeros capítulos. No obstante, es preciso recordar con Carreira y Cid que

La Monarquía católica, o hispánica, que poco o nada tiene que ver —en cuanto sistema político— con el Estado español de nueva planta, configurado a partir de la instauración borbónica, es hoy una realidad difícil de comprender, incluso para los mismos que habitamos en el espacio de su antiguo ámbito,⁶⁹

y que, en consonancia con ello, nada tiene que ver el mayor o menor apego a uno u otro de los territorios sobre los que gobernaba Felipe IV con la sumisión, absolutamente necesaria, al rey, máxime en los ambientes en que se mueve Estebanillo. No es de extrañar, por tanto, que el que se proclamó desvinculado de

⁶⁷ Ed. cit., vol. II, cap. VII, p. 60.

⁶⁸ Ed. cit., vol. II, cap. VIII, p. 95.

⁶⁹ Ed. cit., «Introducción», p. xxvii.

nación alguna alabe, sin embargo, a Felipe IV durante su audiencia con él en la desastrosa jornada a Zaragoza de 1645, en términos encomiásticos hasta el extremo que pueden serlo las alabanzas de un bufón:

Yo quedé tan ufano y tan agradecido de ver que un refulgente Apolo y un león coronado se acordase de remunerar servicios tan inútiles y hachos por tan humilde sabandija que, a no saber que mi madre me había parido en Salvatierra de Galicia, reino que me ha honrado en poderme nombrar su leal vasallo, me hubiera, al mismo punto que recibí la merced, partido por la posta a Roma y sacado su esqueleto de la tumba adonde yace; y trayéndolo lleno de paja, como caimán indiano, en llegando con él al primer puerto de cualquiera de sus reinos, lo vaciara y me zampara de nuevo en su vientre aunque estuviera en él en cluquillas, y la obligara a que me volviera a parir vasallo de tal deidad.⁷⁰

Obsérvese, no obstante lo dicho, que Estebanillo despliega la pompa de su oratoria sólo después de obtener una merced del rey.

Por otra parte, las únicas veces que nuestro narrador se permita críticas directas, estas recaerán sobre escalafones bajos de la sociedad. Tal y como señala M.^a Soledad Arredondo en el artículo ya citado

...Esteban sólo censura a hidalgos de medio pelo o capitanes con ínfulas y sin dinero. El pícaro ha tomado partido y su opción se manifiesta cuando alaba la bufonería **aborrecida de pelones y miserables** [...], mientras que **emperadores, reyes y monarcas han gustado de ella**.⁷¹

Nada más lejos, por tanto, del supuesto terrorista social que ha imaginado cierta crítica, sino un bufón apegado por conveniencia a sus amos que incluye en su crónica aspectos poco gratos de la realidad bien como consejo implícito bien, en la mayor parte de los casos, como base para una autoburla con la que hacer reír.

4.3. Cobardía y alcoholismo: bufón como contrafigura de su amo

Finalmente, vamos a fijarnos en aquellos aspectos de la personalidad del bufón que más han llamado la atención de la crítica, probablemente por la recurrencia que de ellos se hace lo largo de la historia. Una vez más, volviendo a las palabras de Márquez Villanueva, creo que la exageración de estos rasgos se debe al papel que el narrador representa. Como han señalado Spadaccini y Zahareas, «Estebanillo bebe porque era cosa de esperar de los bufones». En

⁷⁰ Ed. cit., vol. II, cap. XII, p. 334.

⁷¹ Vid. art. cit., pp. 272 y 273.

efecto, una tradición que, más allá de Lázaro de Tormes, se remontaba hasta la vieja Celestina no podía faltar en un personaje que hereda dicha tradición para renovarla. Por todo ello, no me convencen explicaciones como la que, a renglón seguido de la frase citada, dan los mismos Spadaccini y Zahareas:

hacía reír con sus borracherías, pero, simultáneamente aliviaba su melancolía, *vencía sus inquietudes y hasta podía soportar mejor las humillaciones*. El autor estableció un parentesco entre el vicio de beber, los períodos de melancolía, el buen humor y el estado inseguro de ser bufón durante la guerra.⁷²

No acabo de entender la relación que establecen los editores entre la bebida, la melancolía y el buen humor, salvo que los editores pretendan decirnos que Estebanillo no deja de beber ni a sol ni a sombra, cosa que es muy cierta. En mi opinión, el bufón nos cuenta que bebe como nos cuenta sus bromas de Carnaval, la muerte de su padre o cómo una cortesana de medio pelo le contagia la sífilis camino de Zaragoza: con una despreocupación que sólo va a menguar, nunca a desaparecer, cuando contraiga la enfermedad que lo lleva a jubilarse, y a estas alturas *no creo necesario insistir en que nuestro bufón es capaz hasta de ponerse serio con tal de oír el tintineo de los doblones de Piccolomini*. En el resto del libro, en cambio, no hallaremos ningún tipo de autorrecreación por el hecho de beber, y en la cantidad en la que Estebanillo bebe. Muy al contrario, desde el capítulo II podemos leer declaraciones como

[...] que si después de muerto y engullido en la fosa, con un cañuto o embudo me lo echasen por su acostumbrado conducto, me tornaran el alma al cuerpo y se levantara mi cadáver a ser esponja de pipas y mosquito de tinajas.⁷³

Declaraciones como éstas inciden en una visión idílica de la bebida que no desaparecerá ni siquiera tras el paso por el hospital zaragozano en los capítulos finales. Ciertamente, puede pensarse que tiene esta exageración en el afán por beber alguna misión más que la de hacer reír, pero no creo que el narrador nos esté diciendo que bebe para olvidar su triste vida de bufón, sino, una vez más, hasta qué punto el bufón es un desastre humano que no va a ningún lado sin los señores que lo hacen todo por él en tanto que la gente baja, como la tabernera de Zaragoza, lo echa a la calle sin contemplaciones⁷⁴.

Podemos decir, con palabras de M.^a Soledad Arredondo que «el pícaro ha tomado partido» y al servicio de tal partido se pone, como bufón que es, en cuerpo y alma, aprovechando para ello cualquier resquicio que le deje la historia y moldeando según el patrón del bufón su biografía entera.

⁷² Ed. cit., «Introducción», pp. 46 y 47.

⁷³ Ed. cit., vol. I, cap. II, p. 62.

⁷⁴ Ed. cit., vol. II, cap. XII, pp. 319 a 321

En consonancia con esta toma de postura, está el segundo aspecto que pretendo tratar en este apartado: la cobardía de la que el narrador hace uso, y aun abuso, a lo largo de su historia. Así, su comportamiento durante las batallas, en las que no sólo no participa, pero ni aun hace, como afirma José Antonio Maravall en palabras citadas páginas atrás, intención de que así parezca. De esta manera, nos afirma con el mayor descaro que

...ganamos algunas villas cuyos nombres no han llegado a mi noticia, porque yo no las vi ni quise arriesgar mi salud ni poner en contingencia mi vida, [...]. Y después de ponerse mi amo a la inclemencia de las balas y de venir molido, me hallaba a mí muy descansado y mejor bebido, y tenía a suerte comer quizá mis deshechos y beber, sin quizá, mis sobras.⁷⁵

Dentro del mismo aspecto podemos situar episodios como el de la batalla de Nördlingen en el que el bufón comienza por esconderse bajo un caballo muerto para evitar peligros, jalea a las tropas aliadas, bien que desde lejos, y concluye paseándose por el campo de batalla acuchillando cadáveres en una escena tan desagradable que hace comprender el punto de vista de este sector de la crítica contra el que me vengo manifestando y que pretende hacer de *La vida y hechos* poco menos que un antecedente de la Baronesa von Suttner:

...empecé con mi hojarasca a punzar morcones, a taladrar panzas y a rebanar tragaderas [...]. Fue tan grande el estrago que hice, que me paré a imaginar que no hay hombre más cruel que un gallina cuando se ve con ventaja, ni más valiente que un hombre de bien cuando riñe con razón.

Sucedíome (para que se conosca mi valor) que llegando a uno de los enemigos a darle media docena de morcilleras, [...], a la primera que le tiré despidió un ¡ay! tan espantoso, que sólo de oírlo y parecerme que hacía movimiento para quererse levantar para tomar cumpida venganza, no teniendo ánimo para sacarle la espada de la parte adonde se la había envasado, tomando por buen partido el dejársela, le volví las espaldas y a carrera abierta no paré hasta que llegué a la parte adonde estaba nuestro bagaje, habiendo vuelto mil veces la cabeza atrás por temer que me viniese siguiendo.⁷⁶ [...]

Ciertamente, la escena es desagradable, sobre todo si la pensamos como sucedida realmente, pero creo que debemos tener en cuenta que la comicidad de la época permitía este tipo de «excesos», en mucha mayor medida que la actual. Ejemplo de ello nos lo ofrece el propio Estebanillo en sus bromas carnavalescas, parcialmente comentadas en líneas anteriores.

Volviendo sobre el fragmento citado, me interesa recalcar la frase «Que no hay hombre más cruel que un gallina cuando se ve con ventaja, ni más valiente que un hombre de bien cuando riñe con razón» con la que Estebanillo se opo-

⁷⁵ Ed. cit., vol. I, cap. VI, p. 305.

⁷⁶ Ed. cit., vol. I, cap. VI, pp. 316 y 317.

ne a la figura del soldado que es su amo situándose, como era norma en la época, como contrafigura suya.

Señalo todo esto por cuanto, en el caso presente y como en pocas ocasiones, hallamos una recurrencia del tema tanto más interesante cuanto que el libro va dirigido directamente del mozo al amo y, con ello, la contrafigura del héroe va a ser parte fundamental de la figura del bufón narrador. De esta manera creo entender la respuesta que el bufón da a su amo tras verlo herido al final de la batalla:

Encontré a mi amo, que lo traían muy bien desahuciado y muy mal herido, el cual me dijo:

—Bergante, ¿como no habéis acudido a lo que yo os mandé?.

Respondíle:

—Señor, por no verme como vuesa merced se ve; porque, aunque es verdad que soy soldado y cocinero, el oficio de soldado ejercito en la cocina y el de cocinero en la ocasión. El soldado no ha de tener, para ser bueno, otro oficio más que ser soldado y servir a su rey; porque si se emplea en otros, sirviendo a oficiales mayores o a sus capitanes, ni puede acudir a dos partes ni contentar a dos dueños.⁷⁷

Este descaro no se entiende, desde mi punto de vista, si no es apelando una vez más a la figura del loco que dice las verdades aprovechando su locura. En este caso, la locura es el oponerse de forma tan clara al héroe moribundo y la verdad es, una vez más, la mala situación del ejército. Resulta verdaderamente curioso comparar las palabras de Estebanillo sobre la condición del soldado con las del ya citado Marcos de Isaba⁷⁸.

No será esta la única ocasión en la que Estebanillo aproveche su comportamiento para, al situarse en el peor lado de la vida militar, hacer hincapié, como bufón que es, en lo que debe hacerse, que es justamente lo que él no hace y, debemos entender, su amo sí. Ya hemos visto cómo Estebanillo miente con descaro a reyes y emperadores para obtener beneficios contando su participación en la batalla⁷⁹. No obstante, y sin promesa de beneficio alguno, nos cuenta también como, después de la acción de Nördlingen,

⁷⁷ Ed. cit., vol. I, cap. VI, p. 318.

⁷⁸ «El buen soldado —dirá Isaba— ha de hacer cuenta que el día que asienta su nombre en la lista de su rey y tira su sueldo y comienza a gozar de aquel punto tan honroso como es ser soldado, ha de entender que se despoja de la libertad que ha tenido y no puede hacer cosa mala ni ruin y que aquella persona ya no es suya, pues se ha obligado [...], al servicio del rey y a observar las órdenes con la pena y castigo que en los que no son obedientes mandan los preceptos militares». Vid. op. cit., cap. XVI; h. 97.

⁷⁹ No deja de ser un curioso juego barroco el hecho de que el bufón mienta, poniéndose así como ejemplo negativo, ante un auditorio que, probablemente, no le cree y le paga por mentir. De nuevo, la fragilidad de los principios de la época se manifiesta clara a los ojos de un lector del siglo XX. No obstante, creo que es así como debemos entender el pasaje, pues no cabe pensar, por propio sentido común, que Estebanillo se ponga a sí mismo como ejemplo de conducta, ni tampoco que tache de estúpida a la familia imperial.

Compré de los que siguieron la vitoria un estoque de Solingues y algunos considerables despojos, para volverlos a revender, blasonando por todo el ejército haberlos yo ganado en la batalla y haber sido rayo de la campaña.⁸⁰ [...]

Con todo ello, Estebanillo se configura como ese «archigallina de gallinas» que dice ser y que se opone de forma directa al héroe que es su amo. Poco importa, creo, en este respecto, que estuviera Piccolomini en sus horas más bajas como general y gobernador de Flandes al recibir la dedicatoria. Aún más, es posible que el bufón busque, con su contraejemplo, elevar la moral de su amo.

(Universidad Complutense de Madrid)

⁸⁰ Ed. cit., vol. I, cap. VI, p. 317.